

1

Es una verdad universalmente reconocida que un zombi que tiene cerebro necesita más cerebros. Esa verdad nunca fue más evidente que durante los recientes ataques acaecidos en Netherfield Park, en los que dieciocho miembros de una familia y sus sirvientes fueron asesinados y devorados por una legión de muertos vivientes.

—Querido señor Bennet —le dijo su esposa un día—, ¿te has enterado de que Netherfield Park vuelve a estar ocupado?

El señor Bennet respondió negativamente y continuó con su labor matutina, consistente en afilar su daga y pulir su mosquete, pues en las últimas semanas los ataques de los innombrables se habían producido con alarmante frecuencia.

—Pues lo está —afirmó su esposa.

El señor Bennet no contestó.

—¿No quieres saber quién lo ha alquilado? —preguntó su esposa irritada.

—Estoy puliendo mi mosquete, mujer. Sigue hablando si quieres, ¡pero deja que me ocupe de la defensa de mi propiedad!

La señora Bennet lo interpretó como una invitación a proseguir.

—Verás, querido, la señora Long dice que Netherfield ha sido alquilado por un joven de gran fortuna, que huyó de Londres en una calesa de cuatro ruedas cuando la extraña plaga atravesó la línea Manchester.

—¿Cómo se llama?

—Bingley. Un soltero de cuatro o cinco mil libras anuales. ¡Qué gran partido para nuestras hijas!

—¿En qué sentido? ¿Es capaz de adiestrarlas en el manejo de la espada y el mosquete?

—¡No seas pesado! Debo decirte que he decidido que se case con una de ellas.

—¿Casarse? ¿Con los tiempos que corren? No creo que ese tal Bingley tenga esas intenciones.

—¡Intenciones! ¡No digas tonterías! Es muy probable que se enamore de una de nuestras hijas, por lo que conviene que vayas a visitarlo en cuanto llegue.

—No veo la necesidad. Además, no debemos circular por las carreteras más de lo imprescindible, no sea que perdamos más caballos y coches a manos de esa condenada plaga que asuela desde hace tiempo nuestro amado Hertfordshire.

—¡Pero piensa en tus hijas!

—¡Estoy pensando en ellas, boba! Preferiría que se dediquen a instruirse en las artes mortales en vez de tener la mente ofuscada con sueños de matrimonio y fortuna, como evidentemente lo está la tuya. Ve a ver a ese tal Bingley si quieres, aunque te advierto que ninguna de nuestras hijas tiene gran cosa que ofrecer; todas son estúpidas e ignorantes como su madre, a excepción de Lizzy, que posee un instinto asesino más agudo que sus hermanas.

—Señor Bennet, ¿cómo puedes criticar a tus propias hijas de esa forma? Te complace contrariarme. No tienes ninguna compasión por mis pobres nervios.

—Te equivocas, querida. Siento un gran respeto por tus nervios. Son viejos amigos míos. Hace por lo menos veinte años que apenas oigo hablar de otra cosa.

El señor Bennet era una mezcla tan singular de ingenio, sentido del humor sarcástico, reserva y autodisciplina, que la experiencia de veintitrés años no había bastado para que su esposa comprendiera su carácter. La mentalidad de la señora Bennet era menos complicada de descifrar. Era una mujer de pocas luces, escasa información y mal genio. Cuando estaba enojada, decía que estaba nerviosa. Y cuando estaba nerviosa —como lo estaba

casi siempre desde su juventud, cuando la extraña plaga había aparecido por primera vez—, buscaba solaz en las tradiciones que a los demás les parecían absurdas.

La misión del señor Bennet en la vida era mantener a sus hijas vivas. La de la señora Bennet era casarlas.

2

El señor Bennet fue una de las primeras personas en presentar sus respetos al señor Bingley. Siempre había tenido la intención de visitarlo, aunque hubiese asegurado a su esposa que no lo haría. La señora Bennet no se enteró de esa visita hasta la tarde después de que su marido hubiera ido a ver al señor Bingley. Su marido se lo comunicó de la siguiente forma. Mientras observaba a su segunda hija tallar el blasón de los Bennet en la empuñadura de una nueva espada, el señor Bennet dijo inopinadamente:

—Espero que al señor Bingley le guste, Lizzy.

—No podemos saber qué le gusta al señor Bingley puesto que no hemos ido a visitarlo —replicó irritada la madre de la joven.

—Olvidas, mamá —apuntó Elizabeth—, que lo conoceremos con ocasión del próximo baile.

La señora Bennet no se dignó responder, pero, incapaz de contenerse, comenzó a regañar a una de sus hijas.

—¡Por lo que más quieras, Kitty, deja de toser! ¡Parece que estés a punto de sufrir un ataque!

—¡Mamá! ¿Cómo se te ocurre decir semejante cosa rodeados como estamos de zombis? —replicó Kitty disgustada—. ¿Cuándo se celebra tu próximo baile, Lizzy?

—Dentro de quince días.

—¡Ay, sí! —apostilló su madre—. No podremos presentárselo a nuestras amistades, puesto que no lo conocemos. ¡Ojalá no hubiera oído nunca el nombre de Bingley!

—Lamento oírte decir eso —dijo el señor Bennet—. De haberlo sabido esta mañana, no habría ido a presentarle mis respetos. Es

una lástima, pero puesto que he ido a visitarlo, no podremos fingir que no lo conocemos.

El asombro de las damas fue exactamente como el señor Bennet había imaginado. El de la señora Bennet quizá fue mayor que el de sus hijas, aunque, cuando el primer tumulto de alegría se disipó, afirmó que ya había supuesto que iría a verlo.

—¡Has hecho muy bien, señor Bennet! Pero ya sabía yo que acabaría convenciéndote. ¡Qué contenta estoy! Ha sido muy ocurrente por tu parte ir a verlo esta mañana y no decirnos una palabra hasta ahora.

—No confundas mi tolerancia con un relajamiento en materia de disciplina —respondió el señor Bennet—. Las chicas continuarán con su adiestramiento como hasta ahora, con o sin señor Bingley.

—¡Desde luego, desde luego! —exclamó la señora Bennet—. Serán tan peligrosas como atractivas.

—Y tú, Kitty, tose cuanto quieras —dijo el señor Bennet. Tras lo cual abandonó la habitación cansado del entusiasmo de su esposa.

—¡Tenéis un padre excelente, hijas mías! —dijo la señora Bennet cuando se cerró la puerta—. No abundan estas alegrías desde que el Señor decidió cerrar las puertas del infierno y condenar a los muertos a rondar entre nosotros. Lydia, cariño, aunque eres la menor, estoy segura de que en la próxima fiesta el señor Bingley bailará contigo.

—Eso me tiene sin cuidado —respondió Lydia con firmeza—, porque aunque sea la menor, soy la más hábil en el arte de atraer al sexo opuesto.

El resto de la velada la pasaron conjeturando sobre cuánto tardaría el señor Bingley en devolver la visita del señor Bennet, y cuándo deberían invitarle a comer.

3

No todo lo que la señora Bennet, con ayuda de sus cinco hijas, preguntó sobre el asunto bastó para sonsacar a su marido una descripción satisfactoria sobre el señor Bingley. Lo atacaron de varias formas, con preguntas descaradas, suposiciones ingeniosas y remotas conjeturas; pero el señor Bennet consiguió eludir la astucia de todas ellas, y su esposa y sus hijas tuvieron por fin que aceptar la información de segunda mano de su vecina, lady Lucas. El informe de ésta fue más que favorable. El señor Bingley había causado a sir William una excelente impresión. Era muy joven, extraordinariamente apuesto y, para remate, iba a asistir al próximo baile acompañado por un nutrido grupo de amigos. ¡Qué maravilla!

—Si lograra ver a una de mis hijas instalada en Netherfield —comentó la señora Bennet a su marido—, y a las otras bien casadas, no podría pedir más.

—Y si yo lograra ver a las cinco sobrevivir a las vicisitudes que afligen actualmente a Inglaterra, yo tampoco podría pedir más —respondió el señor Bennet.

Al cabo de unos días el señor Bingley devolvió la visita del señor Bennet, permaneciendo unos diez minutos con él en su biblioteca. El señor Bingley había confiado en ver a las jóvenes Bennet, sobre cuya belleza y dotes guerreras había oído hablar, pero sólo vio al padre. Las jóvenes fueron más afortunadas, pues pudieron observar desde una ventana superior que el señor Bingley lucía una casaca azul, montaba en un caballo negro y portaba una carabina francesa a la espalda, un arma muy exótica para un inglés. No obstante, a juzgar por la torpeza con que la manipulaba, Elizabeth

dedujo que había recibido escasa instrucción en el manejo de un mosquete o en la práctica de las artes mortales.

A los pocos días los Bennet enviaron al señor Bingley una invitación para almorzar. La señora Bennet había planificado el menú que la acreditaría como una excelente ama de casa, cuando llegó una respuesta que dio al traste con sus planes. El señor Bingley tenía que trasladarse al día siguiente a la ciudad, por lo que no podía aceptar el honor de su invitación, etcétera. La señora Bennet estaba desconcertada. No imaginaba qué asunto podía llevar al señor Bingley a la ciudad a los pocos días de haber llegado a Hertfordshire. Lady Lucas aplacó un poco sus temores sugiriendo que el joven habría ido a Londres para reunir a un numeroso grupo de amigos con los que asistir al baile; y a los pocos días se enteraron de que el señor Bingley iba a acudir a la fiesta acompañado por doce damas y siete caballeros. Las jóvenes Bennet se lamentaron del nutrido número de damas, pero se consolaron al averiguar que en lugar de doce, el señor Bingley había traído sólo a seis damas desde Londres: sus cinco hermanas y una prima. Y cuando la comitiva entró en el baile, resultó que el grupo se componía sólo de cinco personas: el señor Bingley, sus dos hermanas, el marido de la mayor, y otro caballero.

El señor Bingley era apuesto y ofrecía el aspecto de un caballero; tenía un rostro agradable y un talante afable y educado. Sus hermanas eran muy distinguidas, vestidas a la moda, pero con un aire que revelaba escasa formación en materia de combate. Su cuñado, el señor Hurst, presentaba simplemente el aspecto de un caballero; pero su amigo, el señor Darcy, no tardó en atraer todas las miradas de los presentes debido a su elevada estatura, su elegancia, sus armoniosas facciones y su porte aristocrático. A los cinco minutos de que apareciera empezó a circular la noticia de que había exterminado a más de un millar de innumerables desde la caída de Cambridge. Los caballeros comentaron que era un hombre de aspecto distinguido, las damas declararon que era mucho más guapo que el señor Bingley

y lo contemplaron con gran admiración, hasta que la actitud de éste hizo que su popularidad mermara, pues comprobaron que era arrogante, que se creía superior a todos los presentes, y mostraba un aire de evidente disgusto.

El señor Bingley se apresuró a saludar a todas las personas más importantes que había en la sala; era un joven alegre y extravertido, no se perdió un baile, se mostró contrariado de que la fiesta terminara tan pronto y dijo que organizaría un baile en Netherfield. Y aunque no poseía la destreza del señor Darcy con la espada y el mosquete, sus admirables cualidades bastaron para granjearle la admiración de los asistentes. ¡Que diferencia con el señor Darcy! Éste era el hombre más arrogante y desagradable del mundo, y todos confiaban en que no volviera a poner los pies allí. La señora Bennet fue una de las personas que se manifestó con más virulencia contra el señor Darcy, no sólo por la pésima impresión que le causó su comportamiento sino porque había desairado a una de sus hijas.

Elizabeth Bennet se había visto obligada, debido a la escasez de caballeros, a permanecer sentada durante dos bailes; y durante buena parte de ese rato el señor Darcy había estado lo suficientemente cerca de ella para que la joven oyera una conversación entre éste y el señor Bingley, que había abandonado la pista de baile unos minutos para animar a su amigo a que sacara a bailar a alguna dama.

—Vamos, Darcy —dijo el señor Bingley—, tienes que bailar. Me disgusta verte solo, es una estupidez.

—Me niego a bailar. Sabes que lo detesto, a menos que conozca a mi pareja. En una reunión como esta me resultaría insoportable. Tus hermanas están ocupadas, y no hay otra mujer en la habitación que no representara para mí un castigo invitarla a bailar.

—¡Palabra que jamás había visto a tantas jóvenes agradables como esta noche! —exclamó el señor Bingley—. Y algunas de ellas son muy bonitas.

—Tú bailas con la única chica bonita que hay en la habitación

—respondió el señor Darcy mirando a la hija mayor de los Bennet.

—¡Sí, es la mujer más bella que he visto en mi vida! Pero una de sus hermanas está sentada detrás de ti. Es muy bonita y parece muy agradable.

—¿A cuál te refieres? —preguntó el señor Darcy volviéndose y mirando a Elizabeth unos instantes, hasta que ésta le devolvió la mirada y el joven desvió la vista y respondió con frialdad—: Es pasablemente atractiva, pero no lo suficiente para tentarme. En estos momentos no me apetece entablar conversación con jóvenes que otros hombres menosprecian.

Cuando el señor Darcy se alejó, Elizabeth sintió que se le helaba la sangre en las venas. Jamás se había sentido tan ofendida. El código guerrero le exigía vengar su honor. Se llevó la mano al tobillo, procurando no llamar la atención. Palpó la daga que llevaba oculta debajo de su vestido, decidida a seguir al altivo señor Darcy cuando se marchara y rebanarle el cuello.

Pero en cuanto asió el mango del arma se oyó un coro de gritos en el salón de baile, seguido de inmediato por el estrépito de cristales rotos. Unos innumerables irrumpieron en la sala, moviéndose con torpeza pero con rapidez; la vestimenta con que habían sido enterrados presentaba diversos grados de deterioro. Algunos llevaban unas ropas tan andrajosas que dejaban al aire sus vergüenzas; otros, unos ropajes tan cochambrosos que parecían componerse sólo de poco más que sangre seca y asquerosa. Su carne mostraba una fase más o menos avanzada de putrefacción; la de los fallecidos recientemente tenía un aspecto fofo y verdoso, mientras que la de los que habían muerto hacía tiempo era gris y frágil. Sus ojos y sus lenguas habían quedado reducidos a polvo, y sus labios estaban contraídos en una perenne sonrisa macabra.

Algunos invitados, que habían tenido la desgracia de estar demasiado cerca de las ventanas, fueron atacados y devorados de inmediato. Cuando Elizabeth se levantó, vio a la señora Long tratando de liberarse de dos monstruos hembras que le mordían la

cabeza, partiéndole el cráneo como si fuera una nuez y haciendo que brotara un chorro de sangre oscura que alcanzó a los candelabros.

Mientras los invitados huían despavoridos, se oyó la voz de la señora Bennet a través del tumulto:

—¡Niñas! ¡El Pentagrama de la Muerte!

Elizabeth se unió de inmediato a sus cuatro hermanas, Jane, Mary, Catherine y Lydia, en el centro de la pista de baile. Las jóvenes sacaron la daga que llevaban oculta en el tobillo y se colocaron formando una estrella imaginaria de cinco puntas. Desde el centro de la habitación empezaron a avanzar al unísono, esgrimiendo una daga afilada como una navaja de afeitar con una mano y ocultando la otra modestamente a la espalda.

Desde un rincón de la sala, el señor Darcy observó a Elizabeth y a sus hermanas avanzar a través de la habitación, decapitando a un zombi tras otro. Sólo conocía a otra mujer en Gran Bretaña capaz de manejar una daga con semejante destreza, gracia y mortífera precisión.

Cuando las jóvenes alcanzaron las paredes del salón de baile, el último de los innumerables yacía inmóvil en el suelo.

Aparte del ataque, la velada resultó muy agradable para toda la familia. La señora Bennet había observado que su hija mayor había sido objeto de gran admiración por parte del grupo de Netherfield. El señor Bingley había bailado con ella en dos ocasiones, y las hermanas de éste le habían hecho el honor de conversar con ella. Jane se sentía tan complacida de ello como su madre, aunque lo manifestó con más discreción. Elizabeth notó la satisfacción de Jane. Mary había oído a alguien comentar a la señorita Bingley que era la joven más inteligente de la comarca; y Catherine y Lydia habían tenido la fortuna de no andar escasas de parejas, que era lo único que les preocupaba en un baile. Por consiguiente regresaron muy animadas a Longbourn, el pueblo donde vivían, y en el que eran los habitantes principales.



El señor Darcy observó a Elizabeth y a sus hermanas avanzar a través de la habitación, decapitando a un zombi tras otro.

4

Cuando Jane y Elizabeth se quedaron solas, la primera, que hasta el momento se había mostrado cauta a la hora de elogiar al señor Bingley, manifestó a su hermana lo mucho que le admiraba.

—Es tal como debería ser un joven —dijo—, sensato, jovial, alegre. ¡Nunca he conocido a nadie con mejores modales! ¡Qué desenvoltura, qué educación más exquisita!

—Sí —respondió Elizabeth—, pero en el fragor de la batalla, no le vi ni a él ni al señor Darcy empuñar un cuchillo o un palo.

—Me sentí muy halagada cuando me sacó a bailar por segunda vez. No esperaba semejante honor.

—Es ciertamente un joven muy agradable, y comprendo que te guste, pese a su falta de valor. Te han gustado muchos jóvenes mentecatos.

—¡Querida Lizzy!

—Sabes que tienes tendencia a que todo el mundo te caiga bien. Nunca ves un defecto en nadie. Jamás te he oído hablar mal de ningún ser humano.

—No me gusta precipitarme en criticar a nadie.

—Me choca que con tu buen juicio seas tan ciega ante los desatinos y las estupideces de los demás. ¿También te han caído bien las hermanas de ese joven? No tienen sus modales.

Lo cierto es que eran unas damas muy distinguidas, que sabían mostrarse agradables cuando querían, aunque eran orgullosas y engreídas. Eran bastante agraciadas, habían sido educadas en uno de los mejores colegios privados de la ciudad, pero apenas sabían nada sobre las artes mortales en las que Jane y sus hermanas habían

sido perfectamente adiestradas, tanto en Inglaterra como durante sus viajes a Oriente.

En cuanto al señor Bingley, entre él y Darcy existía una buena amistad, pese a lo distintos que eran de carácter. Bingley no era estúpido, pero Darcy era muy inteligente, al tiempo que era altivo, reservado y quisquilloso, y su talante, aunque era bien educado, no resultaba agradable. Bingley sabía que caía bien en todas partes; Darcy, por el contrario, ofendía siempre a todo el mundo.

Pero lo que nadie sabía —ni siquiera el señor Bingley— era el motivo que se ocultaba detrás del frío talante de Darcy. Hasta hacía poco, había sido la viva imagen de la simpatía; un joven de temperamento alegre y extremada amabilidad. Pero una traición sobre la que se negaba a hablar había alterado su carácter para siempre.